

LA SOCIEDAD.

~~~~~  
REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA Y LITERARIA.

—  
Tomo IV.

Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

---

# LA SOCIEDAD.

---

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA  
Y LITERARIA.

---

Tomo IV.

---

QUINTA EDICION.

BARCELONA.  
IMPRENTA BARCELONESA

*Calle de las Tapias, núm. 4.*

1890.

Dr. D. Jaime Balmes, Pro.

# LA SOCIEDAD.

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA

ES: PROPIEDAD.

Tom. IV.

QUINTA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

Calle de las Tapis, núm. 4.

1890.

Lisboa, y desde luego Madrid de

España. Sucederle ha lo propio du  
dor está sólo en los recuerdos.  
únicamente en los monumentos  
esto con Barcelona, la cual no r

(Números de la Revista correspondientes

á 1.º y 15 de Marzo de 1844.)

BARCELONA.

ARTÍCULO 1.º

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS DE SU PROSPERIDAD,  
Y REFUTACIÓN DE ALGUNAS PREOCUPACIONES.

La ciudad de Barcelona es digna de llamar la atención, no sólo por la importancia que en sí tiene, sino también por lo que puede influir en los destinos de España. Y cuando esto decimos, estamos muy lejos de exagerar; pues que siendo la capital del Principado la segunda población de la monarquía si sólo atendemos al número de sus habitantes, tal vez podremos considerarla como la primera, si nos paramos en los elementos de prosperidad que en sí propia entraña; elementos que desarrollados á la sombra de circunstancias favorables por espacio de veinticinco años, podrían convertirla en una de las más populosas y florecientes ciudades de Europa.

En efecto, si Madrid es la villa de las espaciosas calles y de los soberbios palacios, lo debe á que se ha fijado en ella la corte. Suponed que ésta se traslada á Sevilla ó á

Lisboa, y desde luego Madrid desaparece del mapa de España. Sucederle ha lo propio que á Toledo, cuyo gran-  
dor está sólo en los recuerdos, cuya magnificencia vive únicamente en los monumentos religiosos. No se verifica esto con Barcelona, la cual no necesita de la corte, no ha menester el brillo postizo; ni para ser rica y populosa requiere que vivan en ella los grandes magnates. Siglos han pasado desde que desaparecieron de la misma los antiguos condes; muchas de las familias de la más alta nobleza se han amontonado en la capital de la monarquía, mas por eso Barcelona no ha decaído; antes al contrario, á un ensanche ha debido seguir otro ensanche; á unos edificios se han debido añadir otros, y luchando con las fortificaciones que la constriñen y ahogan, no teniendo lugar en la tierra se ha levantado por los aires con sus altísimas casas.

Y ¿de dónde dimana este desarrollo que nada puede contener? de su magnífica posición topográfica, de que está situada en terreno feraz, en clima suave, bajo un cielo hermoso y encantador, al lado de la Francia, no lejos de Italia, á las inmediaciones de las Baleares, en frente del África, sirviendo de punto de comunicación entre todas las poblaciones de la costa del Mediterráneo, y todo esto con habitantes de suyo laboriosos y activos, y siendo cabeza de Cataluña, nombrada en todas partes por su constancia, por su tenacidad, por su perseverante sufrimiento en todo lo concerniente á la agricultura y á la industria. Por esta causa, nada han podido para abatirla en los tiempos antiguos ni modernos, los terribles desastres de que ha sido víctima. Muchas otras poblaciones vemos cuya prosperidad no puede resistir á un sitio, á un incendio y otros contratiempos de esta clase; mas en Barcelona nada pueden las calamidades públicas para contener el desarrollo de la industria y comercio. A principios de este siglo se halló durante seis años en poder de un ejército extranjero, ausentes buena parte de sus moradores, dispersos ú ocultos sus capitales, incomunicada con el resto de la provincia, y sometida

á suspicaz vigilancia de la policía francesa, que no sin razón veía en cada ciudadano un enemigo, y que estaba temiendo continuamente que no estallasen conspiraciones contra el tirano que la oprimía. Colocad en situación semejante á otras ciudades, y será imposible que se levanten jamás de la postración en que habrán caído. Los capitales separados de ella por espacio de tantos años habrán tomado otra dirección: naturalmente se habrán formado otros centros de comercio rivales ya de la capital antigua; los conductos del movimiento industrial y mercantil se habrán obstruido y estropeado con el desuso; y ya será poco menos que imposible resucitar aquel movimiento, indicio seguro de la plenitud de la vida. Mas esto acontecerá tratándose de poblaciones que deban su riqueza y prosperidad á circunstancias transitorias, y no puede verificarse en Barcelona por haberla favorecido la naturaleza con tal conjunto de ventajas que difícilmente se reúnen en otra ciudad del mundo.

El general Seoane, en momentos de indignación contra la capital del Principado que no se le había mostrado afectada en demasía, afirmó que para el bien de Cataluña y de España era preciso cortar el brío y debilitar las fuerzas de la turbulenta ciudad; ó como él decía, era urgente, indispensable, aplicarle sangrias que la curasen de la plétora que estaba padeciendo. Dejando aparte el aspecto político, del cual no queremos ocuparnos por ahora, observaremos que quizás algunos de entre los mismos catalanes sean de parecer que no andaba tan desacertado el general Seoane cuando se proponía dispersar y desparramar por el Principado los elementos industriales y mercantiles que se hallan agolpados en la capital. Escuchemos primero las razones que nos presentan los partidarios de semejante opinión, y examinemos en seguida cuál es el peso de ellas en la balanza de la economía política. «Todo lo absorbe Barcelona, dicen esos hombres; población, dinero, capitales de toda clase, inteligencia, todo se reúne allí; resultando de esto que se enervan las fuerzas del resto del Prin-

cipado, que las demás poblaciones no pueden medrar y que no hay la debida proporción entre la cabeza y los miembros. Observad lo que sucede en todos los ramos. ¿Hay un artesano de disposiciones aventajadas? se traslada á Barcelona: ¿hay un fabricante que ha aumentado mucho sus capitales ó perfeccionado sus productos? se establece en Barcelona: ¿hay un comerciante que ha dado mucha extensión á sus negocios, que ha logrado tener abiertas varias casas, que necesita numerosos corresponsales? fija su habitación en Barcelona, allí forma sus grandes almacenes, allí coloca el centro de todo su movimiento mercantil. De aquí dimana que los artefactos más cumplidos y elegantes salen precisamente de la capital; y añadiéndose á esto la preocupación de que lo fabricado en Barcelona es mejor que lo del resto de la provincia, resulta que las poblaciones subalternas viven como esclavas de aquélla, siéndoles imposible competir con ella en ningún ramo.

»Si Barcelona no ejerciese esa especie de soberanía industrial y mercantil, si los elementos de riqueza se hallasen desparramados por toda la provincia, si Reus, Igualada, Manresa, Vich, Berga, Olot, Gerona, fuesen otros tantos centros de actividad y movimiento, capaces de competir con la capital, y que dejándole cierta superioridad, no se viesen precisadas á postrarse á sus pies, parece que la vida industrial y mercantil estaría mejor distribuida, que la riqueza pudiera ser mayor, y que la prosperidad de Cataluña alcanzaría con ello grandes creces.»

No puede negarse que á primera vista no sean especiosas las reflexiones aducidas; y no serán pocos los que al verlas propuestas, se dejen convencer plenamente de que en realidad el proyecto de Seoane envolvía una idea justa, prudente y en extremo económica. A pesar de todo, no podemos creer que haya en todo esto una palabra de verdad; y vamos á señalar las razones en que estriba nuestra opinión.

Ante todo presentaremos una observación muy sencilla, pero que basta por sí sola á desvanecer esos castillos aé-

reos. En política, en administración y en todo lo concerniente á la práctica, no debe llamarse verdadero lo que es inaplicable; porque desde el momento que una teoría no se puede realizar, es señal de que está en lucha con la misma naturaleza de las cosas, y que por tanto no es verdadera con relación á ellas. Ahora bien, ¿es posible disminuir la pujanza de Barcelona de suerte que lo que ésta pierda lo ganen las demás poblaciones? Creemos que nó, y para demostrarlo echaremos mano de varias suposiciones. Demos que se impulsa de una manera extraordinaria el ramo de los caminos y canales para dar movimiento á lo interior del Principado, y hacer que participe algún tanto de las ventajas que á Barcelona produce el ser puerto de mar y la confluencia de las principales carreteras. Entonces será más fácil conducir á las poblaciones de segundo orden las materias primeras, y extraer de sus fábricas los productos elaborados conduciéndolos con más rapidez y baratura á los mercados que ofrezcan esperanza de despacho; pero ¿qué habremos ganado con esto para disminuir la preponderancia de Barcelona sobre las demás ciudades? Si éstas se aprovechan del beneficio de la mayor comunicación, se aprovechará también ella; y con la mayor facilidad y menor precio de los transportes podrá establecer en todos los puntos del Principado grandes almacenes de todos géneros con lo cual proporcionará más trabajo á sus fábricas y más actividad y vida á su comercio. Las poblaciones de segundo orden se habrán mejorado, habrán crecido en número de habitantes, y dado impulso á su industria y tráfico; pero en mayor proporción se habrá mejorado ella, supuesto que abundando más de inteligencia y de capitales, habrá explotado con más fruto las ventajas del aumento de las comunicaciones.

Supongamos que para disminuir el movimiento mercantil de Barcelona, se quiere hacer menos concurrido su puerto, habilitando otro cualquiera que pareciese conveniente, proyecto que si no nos engañamos era uno de los excogitados y propuestos por el general Seoane. En primer

lugar las embarcaciones mercantiles no acuden al puerto de Barcelona por las comodidades marítimas que éste les ofrezca, sino por la oportunidad que allí encuentran para sus compras ó ventas. Habilidad un puerto, imaginad que reúne muchas más comodidades que el de Barcelona; ¿improvisaréis allí una ciudad con sus almacenes, sus fábricas, su numerosa población, sus posadas, sus cafés, sus teatros y todo cuanto puede desearse para las necesidades y placeres de la vida, y las conveniencias de las especulaciones mercantiles? Ciertamente que nó. La nueva población se irá quizás aumentando; mas para esto necesita el transcurso de muchos años, y teniendo que luchar con otra ciudad rival y poderosa que tiene interés en conservar su preponderancia, y que redoblará su actividad, aun cuando no fuera por otra causa, por motivos de emulación, resultará que aprovechándose ésta del mismo movimiento que se despierta en el punto nuevamente vivificado, acrecentará su riqueza, y por lo tanto la proporción no se habrá cambiado.

Hágase la suposición que se quiera, á no ser que se apele á medidas brutales que repugnan á la civilización, á la humanidad, y que no podrían menos de estar en lucha con la equidad y la justicia, y que además serían irrealizables siempre tendremos que todo cuanto se excogite para disminuir la preponderancia de Barcelona, ha de ser esforzándose en crear en otras partes de Cataluña nuevos centros de industria y de comercio; de estos centros se aprovechará siempre la capital para dar más movimiento á sus fábricas, vaciar sus almacenes, atraer numerario y proporcionarse las materias que necesite.

Parécenos que es falso lo que afirman algunos de que las grandes capitales absorben á las poblaciones de segundo orden y que les quitan sus elementos de prosperidad y riqueza. Fácil es decir por ejemplo que Barcelona no deja que Reus, Igualada, Manresa, Berga, Vich, Gerona y otras poblaciones de segundo orden se levanten á mayor altura de la que han alcanzado hasta ahora; mas en esto se co-

mete un error que consiste en considerar lo que son estas poblaciones existiendo Barcelona, sin atender á lo que serían si ella no existiese, ó no fuera tan pujante. Para hacer sentir la fuerza de esta reflexión nos dirigiremos á los mismos que al parecer podrían interesarse en el cambio, y les preguntaremos si desearían que Barcelona no fuese más que una población de treinta ó cuarenta mil almas, con una riqueza proporcionada á este número. Estamos seguros que si reflexionan un momento retrocederán á la vista de semejante suposición, y de que tendrán desde luego un vivo presentimiento, una previsión muy clara del daño que habrían de sufrir en vez de las ventajas que se prometieran. ¿Dónde estarían los grandes capitales para la formación de los almacenes de las materias primeras necesarias al movimiento de las fábricas; para hacer frente á los cuantiosos adelantos que se han menester en un comercio organizado en anchurosa escala, como es indispensable cuando se ha de dar salida á productos muy abundantes; para traer del extranjero las invenciones sin cuyo conocimiento y planteo sería imposible colocarse al nivel de la época, y sostener la competencia en los mercados? ¿Dónde se podrían formar las sociedades opulentas que para vivir necesitan centros populosos, llenos de vida, de actividad y de movimiento? En una palabra, si suponemos que la capital desfallece participarán del desfallecimiento las demás poblaciones; experimentando desde luego que lo que ellas creyeran que las enervaba con su fuerza absorbente, era la cabeza, el corazón, que hacían circular por ellas la sangre, y que faltando este recurso quedaban condenadas á la languidez y á la muerte.

Nos convenceremos más y más de la solidez de estas razones si atendemos á lo que sucede en todos los demás países: donde hay más industria y comercio, allí hay capitales más populosas; y recíprocamente, donde éstas existen, allí se nota más vida, más movimiento industrial y mercantil, que se extiende en círculos concéntricos alrededor de la gran ciudad, disminuyéndose á proporción de la ma-

mayor distancia, hasta extinguirse en la extremidad del radio. Os halláis todavía á muchas leguas de una de esas grandes ciudades y todo os anuncia que os aproximáis á ella. La convergencia de los grandes caminos, el tráfico de todos géneros, la mayor animación, regularidad y belleza que presentan las poblaciones, el mayor aseo de los trajes, la mejor cultura de los campos; en una palabra, un estado más ventajoso de todo cuanto sirve á las comodidades de la vida os indica la existencia y cercanía de uno de esos grandes centros de riqueza y circulación.

De aquí se infiere que si las capitales absorben, también comunican, y probablemente con usura; porque si es verdad, como indudablemente lo es, que la asociación es un manantial fecundo de adelantos de todas clases, verificándose esa asociación en las grandes capitales en escala mucho mayor que en ciudades pequeñas, es evidente que no hay sólo en ellas una fuerza que absorbe, sino que hay otra mucho mayor que produce. Como además esta producción tiene grandes necesidades que satisfacer, así por lo tocante á las materias primeras que le sirven de base, como por lo relativo á sus procedimientos y á la expendición de sus productos, resulta que muchísimos géneros encuentran salida que no la encontrarían en otra parte; que muchos brazos hallan ocupación que de otra suerte se verían precisados á permanecer inactivos; y que muchas atenciones se pueden cubrir con facilidad y baratura cuando á no existir las capitales sería preciso renunciar á ello. Además que la declamación contra las grandes ciudades es del género de aquellas que luchan con hechos indestructibles, y que por lo mismo son impropias de personas reflexivas, que despreciando lo inútil miran únicamente á lo que puede acarrear provecho. Desde que la civilización moderna ha tomado grande incremento, se ha visto una tendencia marcada al acumulamiento en las poblaciones. Los señores descendieron de sus castillos feudales, y se establecieron en las ciudades subalternas: de éstas pasaron á las capitales de provincia, de donde se trasladaron á la corte. El

curso seguido por los dueños de la riqueza territorial ha sido imitado por todos los poseedores de otra cualquiera, y así la misma naturaleza de las cosas ha creado esos centros que cada día tienden á engrandecerse más y más. Decís que Londres disminuye las demás ciudades de Inglaterra, así como París las de Francia, sin advertir que á la sombra de aquellas poblaciones colosales se han formado y se conservan otras, que serían dignas capitales de otros reinos. Si Londres no existiese, quizás no existirían Manchester y Liverpool; así como desapareciendo París menguarían Lion y otras ciudades de la Francia. En un país donde las poblaciones sean pequeñas, la que reúne trescientas ó cuatrocientas mil almas parece ya muy grande. En Inglaterra donde la capital encierra un millón y medio de habitantes, una ciudad de cuatrocientas mil almas pertenece á una categoría subalterna. Y es que el grandor es cosa relativa, así como la pequeñez: un hombre de estatura regular es un gigante al lado de un pigmeo, y un pigmeo al lado de un gigante.—*J. B.*

### SOBRE LA INSTRUCCIÓN DEL CLERO.

Los sagrados dogmas de la religión permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios no pueden estar sujetos á mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias: y de aquí es que vemos explanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, según han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos á quienes se había de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus inmedia-